

¡Los hace libres! Porque sólo dentro del orden puede existir libertad.

¡Los hace grandes! Porque el dominio se apoya en el esfuerzo de todos.

Por eso España ha de ser UNA, para ser GRANDE y LIBRE

Un padre moribundo dice a sus hijos:

—Traedme un haz de varas.

Los hijos extrañados se lo llevan.

—Hijos probad a romperlo.

Lo intentan sin conseguirlo

—Probad a romper las varas una a una.

Ni que decir tiene, cuan fácilmente rompieron todas. Entonces dijo el padre:

—Así os sucederá a vosotros. Si permanecéis unidos nadie podrá venceros. Si os separáis, el más pequeño os dominará.

Pero la unión requiere un orden, y el orden no se consigue sin una cabeza que mande y unos miembros que obedezcan.

¡Qué obedezcan! No que se sometan tan solo. Porque disciplina sin obediencia es carga que agobia, cadena que esclaviza, imposición que entristece.

¡Obedecer no es eso! «Obedecer es amar», dice el refrán castellano. Y porque la obediencia es amor, es también alegría.

La obediencia supone ejecución inmediata. ¡Disciplinal!

La obediencia exige buena voluntad (Amor).

La obediencia es aún algo más, convicción de que lo ordenado es lo mejor. ¡Alegría!

Hay quien se somete y ejecuta las órdenes a regañadientes, por temor al castigo. Esta sumisión forzosa ni es varonil ni es obediencia, y sólo crea rencor hacia el que manda.

Hay quien se somete con languidez, por debilidad de espíritu, porque es incapaz aún de la rebeldía. Somnoliento despreciable, que tampoco es obediencia y sólo crea desestima de sí mismo.

Por último, hay quien se somete por su propia voluntad, porque ama el ideal a que sirve y se siente miembro activo de su consecución. ¡Este es el que obedece! Y su obediencia es gozo íntimo en su corazón, es paz de espíritu, es alegría sana de su alma.

¡Someterse por temor es propio de cobardes!

¡Someterse por debilidad es propio de peletes!

¡Obedecer por amor es propio de HOMBRES!

¿Porqué una orquesta en perfecta concordancia se escucha con deleite?

¿Porqué un bello poema hace vibrar lo más hondo de nuestro sentir?

¿Porqué un desfile militar entusiasma a los espectadores?

¡El orden! He aquí la palabra mágica en la que resplandece todo lo perfecto. Lo ordenado nos atrae, nos deleita, nos alegra.

¡Qué interesante es que la palabra «orden» sirva para designar los mandatos de los Jefes!

Y es que sin estos mandatos, sin estas «órdenes», no habría perfección posible. En toda organización humana—¡cuánto más en el Ejército, tutela y defensa de la Patria!—es necesario el orden. Por eso quien obedece experimenta ese gozo inmenso que produce en el alma la armonía, la perfección.

Ya lo dijo Aristóteles, el gran filósofo griego.

«La alegría es compañera inseparable del acto perfecto».

FRANCISCO RODRIGUEZ VAZQUEZ
Y ALBERTO DE MAQUA Y GONZALEZ DEL VALLE.

ANALFABETISMO

El hombre es semejante a una piedra preciosa, que si no se la pule y cuida, se apodera de ella el polvo y el moho. Siguiendo la comparación, el pulimento es la educación que el ser humano recibe desde su más tierna edad, y las virtudes y conocimientos, las gemas engarzadas fuertemente en la joya.

¿Hemos de considerar perfecto un broche de oro si en él se nota o se sabe la falta de una de las perlas que completan la alhaja?

La propia superación, en el hombre, ha de constituir para él, una de las cosas más importantes, de las pocas de que le es dado disponer y que ha de llevarle hacia la perfección en el camino de la vida. Y esta superación se consigue con la cultura, de la cual es principal parte integrante, la instrucción elemental, es decir el leer y escribir. La falta de dicha cualidad afea tanto al hombre como la no existencia de la perla que antes parangonamos. Otra causa por la cual se hace importante el saber leer y escribir, es que considerarse que debe ser lo mínimo a que descuidarse debe la cultura del individuo.

Una gran pena y conmiseración he sentido, muchas veces por desgracia, cuando un compañero me ha pedido que le leyera una carta. Al alargarme el escrito me miraba aquel hombre compasivamente y sorprendía en su mirada un algo, que no sabría si definir como vergüenza o inferioridad, que hacia bajar su vista hasta el suelo. Y este «algo» de moral contemplación propia, es el que debe aprovecharse para la extinción del analfabetismo.

Muchos creen ver en el abecedario y sus

múltiples combinaciones gramaticales, un tenebroso laberinto de reglas, construcciones de frases, ablativos, genitivos, apócopes y numerosos vocablos en sus distintas acepciones, horrorizándoles y haciéndoselos el alfabeto poco menos que impenetrable, ante lo cual abandonan lastimosamente su conocimiento.

Pero no hay nada de esto en realidad, pues si bien es verdad que al principio suele dar frutos amargos también proporciona a la postre recompensas gratas y felices que hacen que cuando nos contemplamos a nosotros mismos, no tengamos que avergonzarnos, como al pedir a otro que nos escriba una carta. Nos vemos mucho más satisfechos y completos experimentando la misma sensación que al mirar el broche de marras con todo su brillo y sin echar de él nada en falta. Y a esto se suma la satisfacción de ver hasta donde nos ha llevado nuestro esfuerzo, pues como decía Dante: «Siempre es grato contemplar el camino recorrido».

Para entrar en el recinto de la cultura, hay que pasar por la puerta de la instrucción elemental y desgraciadamente son bastantes en nuestro Regimiento que aún tienen que franquearla. Hay que penetrar en el edificio y subir hasta el mismo remate del tejado, para desde allí otear el vastísimo panorama gramatical, más bello y atraente cuanto más nos lo miramos y penetramos en él.

No hay que dejarse dominar por la difícil colocación de una «h» o ante la analogía en ciertas sílabas de las «g» y «j», pues la dificultad se tornará facilidad, cuando hayamos

conseguido manejar perfectamente el importante y complejo mecanismo de la gramática.

Ya no deben ser para nosotros, palabras legendarias y cabalísticas, los vocablos: Morfología, sintáxis, prosodia y ortografía. No debemos acobardarnos ante la irregularidad del verbo, la variabilidad del adjetivo y lo esquivo de la conjunción.

Lo mismo y con igual facilidad que al hablar, debemos escribir, pero claro está que correctamente, pues esta es precisamente la idea que constituye la antítesis del analfabetismo.

El leer y escribir bien tiene fines y utilidad tanto o más amplios que el lenguaje mismo y estos fines deben ser el estímulo que ha de influir en mayor grado para alcanzar la cima de la cultura gramatical. Claro que de momento, a los que en la escritura no ven más que signos incomprensibles, la finalidad de su esfuerzo la puede constituir muy bien los permisos que tanto en este Reglamento como en el desuelto de Fortificación núm. 3, se conceden y concedieron por sus Jefes D. Nicanor Martínez Ruiz y D. José Camón Gironza respectivamente, a los que consiguen sacudirse el letargo analfabético.

J. MUSTARÓS P.

Agrupación de Mando.

Figueras, Marzo 1948.